

**CRÓNICAS DE
LA SALUD***A vueltas con
los transgénicos***Por Manuel Pérez Mateos**

El pasado 2 de marzo la Comisión Europea autorizó el cultivo de un nuevo organismo modificado genéticamente: la patata *Amflora*. Esta planta ha sido modificada por la multinacional BASF para la producción de almidón con fines industriales, tales como la fabricación de papel. Mediante una tecnología denominada antisentido esta empresa ha desconectado algunos genes responsables de la síntesis de amilosa con lo cual consigue un almidón rico en amilopectina, más adecuado para su empleo en la industria papelera. De paso, evita también el uso de productos contaminantes necesarios para el tratamiento de almidón no modificado.

Esta autorización europea ha acabado con una moratoria de más de 12 años y, como era de esperar, ha reavivado la polémica y las reacciones adversas de los ecologistas. Estos grupos advierten del riesgo de que esta patata entre en la cadena alimentaria, de contaminación, del supuesto peligro de aparición de resistencia a antibióticos (cuyos genes se usan como marcadores en su producción) o de toxicidad. Salvo el primero, son los mismos riesgos achacados a otros transgénicos, pero lo cierto es que tras 14 años de su cultivo en todo el mundo (en 2009, 14 millones de agricultores cultivaron 134 millones de hectáreas en 25 países) no se ha podido demostrar ninguno de ellos. De hecho, la Organización Mundial de la Salud afirma que los alimentos transgénicos han pasado las evaluaciones de riesgo y no se han demostrado efectos sobre la salud humana en los países donde fueron aprobados. Los transgénicos son los alimentos más evaluados de toda la historia de la alimentación, sin que se hayan manifestado efectos adversos, y no hay datos científicos que permitan concluir que sean peores para la salud que los alimentos tradicionales. Tampoco hay pruebas sobre peligros asociados a alergenicidad, transferencia de genes de resistencia a antibióticos o aparición de enfermedades neoplásicas. El efecto sobre el medio ambiente ha sido menos evaluado y la transferencia de genes, el descenso de la biodiversidad o el daño a otras especies son posibles, pero obviamente son los mismos riesgos que con plantas convencionales.

Los consumidores europeos (no así los

**Los transgénicos son los
alimentos más evaluados de la
historia de la alimentación.**

de otros países) rechazan este tipo de aplicaciones de la biotecnología (a pesar de que España es uno de los países europeos con mayor aceptación) y mucho me temo que si las multinacionales siguen produciendo transgénicos que no beneficien directamente al consumidor y que están dirigidos exclusivamente a la industria o al productor, este rechazo no disminuirá en los próximos años.

Sea como fuere, parece evidente que la biotecnología agrícola está aquí y ha venido para quedarse...

Manuel Pérez es catedrático de Biotecnología de la Universidad de Burgos